

Objetos sin consecuencias (*)

(Una calma chicha en el vocabulario)



EDUARDO ESPINA

Las cosas prestan sus nombres a las palabras.
 Se hacen las distraídas para traer otros ritmos.
 La piedra baila, el alba hace elevar al benteveo.
 El mundo, mejor dicho, eso que existe, lo sabe.
 Con la muerte entra un orden debido a la falta
 de duración, sobre todo cuando para siempre
 será la noche llegando en voz baja a la persona,
 la que ahora falta, la de antes al ser en sí misma.
 Ninguna idea aplaude, nada cuenta para el uso.
 Es el misterio de no ir más allá de su diámetro.
 Mientras tanto, el tiempo entiende cuanto tuvo.
 La vida convertida en los objetos aproximados.
 Las cosas rodean la intención del silencio, son
 las quietas acostumbradas a ser por ti queridas.
 Tenías razón cuando las escuchaste hablar el
 día de tu casamiento desenvolviendo regalos.
 Son en ocasiones un sinónimo anónimo, un
 plan desconocido tal cual pudo ser deseado.
 Las cosas, queriendo saber cómo se llaman.
 Según el diccionario, primero dependen del
 pensamiento, después de la penúltima vez.
 Nada no es más que una cifra para poner
 en orden, que una forma anterior a todo.
 En fin, una forma cuyo afán fue conocer
 la vida dada al ansia que le damos cabida.
 La mesa es una palabra, la lámpara plana,
 el jarrón roto al que le cantan su arrorró,
 hasta la silla vacía donde sentar cabeza.
 Sillas, ceniceros, portarretratos: ratos
 de la simetría buscando una solución
 al sitio donde las cosas piensan solas.
 ¿Valdrá la pena tenerlas en cuenta para
 decirles de la ausencia infinita de dueña?
 Y aquel florero que nunca pudiste saber
 quién te lo habría regalado, ni cómo se

había puesto de acuerdo con el pasado
 para empezar su ciclo con los claveles: el
 olvido amenazado por alguna flor de más.
 En algunas fotografías, si las ves, el final de
 la historia es la imagen mejor entendida,
 la extensión del sentido en el significado.
 Por el momento está bien, palabras
 como cosas conocidas de antemano,
 como segundo idioma queriendo
 serlo por haberse quedado tan callado.
 Mañana será parte de un endecasílabo.
 El problema, Mamá, es la abstracción,
 el vestigio de bondad convertida en
 religión, un mal intento de ateísmo
 a cambio del primer autógrafo que
 el tiempo encontrara al entenderlas.
 Aun sin quererlo, la vida vino a huir.
 Pocos meses antes de que la muerte
 fuese la verdad confirmada a tu lado,
 preguntaste junto a mí si habría cielo
 o algo donde ir después de ser ya no.
 Ni el pensamiento en su estado ni la
 voz al volver herida pudieron decirlo.
 ¿Habrà tal lugar de vida más allá, de
 hora fácil que nunca acaba de llegar?
 Nada que tú no sepas como ha sido,
 porque nada queda ni es olvido total.
 Palabras y cosas al saber cómo serán,
 y la desazón del silencio, tan seguido:
 un pensamiento apenas empezando.
 Piensa, porque al pensar empiezas.
 Si algo habrá luego, será como así.
 Por creer en la otra vida, ésta llega.
 En el cielo las cosas podrán decirlo,
 las palabras, escribirse unas a otras.

(*) Perteneciente al libro inédito *Todo lo que ha sido para siempre una sola vez*, el cual reúne poemas escritos sobre la muerte de mi padre y mi madre.